AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 20.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Corpiño á la griega.— Etagera de cuentas. — Lambrequin para ventana ó chimenea.—Delantal de tafetan negro.—Trage para niña de 2 á 3 años.—Trage para niño de 1 á 2 años.— Delantal para niña.—Chaleco para señora.—Sillas de tijera.— La simpatía del dolor.— Vestidos de niños.—Dieu protege la france. — El libro de las flores de mayo. — Pensamientos sobre un pensamiento. — María.— Crítica literaria. — Problema de ajedrez.

Corpiño á la griega.

La forma de este corpiño conviene sobre todo á las señoritas y á las señoras muy jóvenes. Se disponen los pliegues sobre un corpiño de debajo, plano, hecho de la misma tela que el trage, ó bien de tafetan de forro. El vestido que nos ha servido de modelo era de gasa de Chamberí rosa; el corpiño liso de tafetan rosa, el corpiño de encima plegado, de gasa de Chamberí semejante a la enagua; los pliegues se cosen sobre el borde inferior del corpiño; no se fijan al borde superior sino solamente se sujetan por una cinta de terciopelo negro, que atraviesa cada pliegue, y pasa por dos aberturas ligeramente festoneadas que se practican una enfrente de otra en los pliegues. El cinturon de tirantes (que puede tambien hacerse de tafetan negro) era de tafetan rosa con adornos de terciopelo negro. Este cinturon se cierra indiferente debajo del brazo, ó por detrás, ó por delante en el centro de uno de los medallones.

CORPIÑO A LA GRIEGA, VISTO POR DETRAS Y POR DELANTE

Etagera de cuentas.

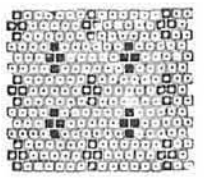
Las labores de cuentas, muy de moda hoy, se emplean en una porcion de circunstancias para embellecer y amueblar las salas de confianza y las habitaciones de las *señoritas* jóvenes. Este pequeño mueble se halla en el caso dicho.

MATERIALES. — Cuentas de Bohemia; 3 macillos de id. blanco ópalo; 1 idem de cuentas plateadas; 1 idem

© Biblioteca Nacional de España

blanco de cal; algunos hilos de cuentas redondas huecas de plata; algodon blanco muy grueso.

Publicamos el dibujo (en tamaño reducido) de la etagera de cuentas, luego otro con arreglo al cual se ejecutarán las tablillas hechas de mosaico de cuentas. Aunque ya hemos descrito esta labor repetiremos las explicaciones en favor de nuestras nuevas suscritoras. Para la tablilla superior, algo mas pequeña que la inferior, se ensartan en algodon 15 cuentas de blanco ópalo; se ensarta otra cuenta mas como primera de la 2.ª vuelta, se pasa la aguja á través de la 3.ª cuenta, de modo que las 2 últimas ensartadas se hallen una contra otra. En esta 2.ª vuelta se ensartan 8 cuentas; se pasa siempre una de la vuelta anterior; se pica la aguja á través de la cuenta siguiente, de modo que las cuentas queden *encontradas*; la 8.ª y última cuenta se ata á la hebra pasada por la última de la vuelta anterior, y se pasa la aguja hácia atrás por esta última cuenta para comenzar la vuelta 3.ª, para la cual se ensartan del mismo modo 7 cuentas; así se continúa hasta que se haya ejecutado toda la tablilla, cuyo dibujo representa la mitad del largo, el cual debe tener 5 lunares azules y 4 plateados.



TABLILLAS DE LA ETAGERA DE CUENTAS.

SIGNOS: ⊡ Blanco ópalo. □ Azul. ▫ Cuentas plateadas

La tablilla inferior tiene, en su ancho, una fiila de cuentas de ópalo mas que la otra, y por consiguiente un lunar mas de largo: así, se principiará por ensartar 16 cuentas en vez de 15.

Para dar mas solidez á estas tablillas se toma alambre muy grueso, se le rodea con cinta blanca, se hacen soldar los extremos del alambre y se le ata al rededor del borde de las tablillas.

Describamos ahora las rosetas. Se componen de 3 filas de bucles encontrados y de una cruz que rellena el centro; un dibujo especial reproduce el principio, es decir, las dos primeras vueltas de la roseta. Se ensartan 5 cuentas ópalo, se las reune en redondo, y con las mismas cuentas se forman (pasando siempre una de la vuelta anterior) 3 bucles compuesto cada uno de 4 cuentas. La 2.ª fila se compone del mismo número de bucles, pero azules; lo mismo sucede en la 3.ª fila, pero con cuentas plateadas. El dibujo indica claramente su disposicion.

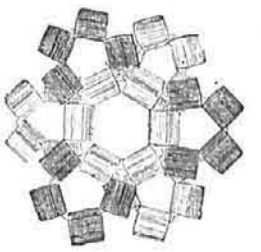
Se rellena el centro de la roseta ensartando 2 cuentas plateadas y dirigiendo la hebra á través del vacio de la roseta, se le pasa por la cuenta opuesta,—luegó por la siguiente,—aquí se ensarta una plateada,—una redonda hueca de plata,—otra plateada,—se las pasa todas 3 en cruz por cima de las dos ensartadas anteriormente;—se hacen para cada tablilla 13 rosetas iguales ó variadas de disposicion, es decir, que se pueden hacer alternativamente una roseta como la describita, y la siguiente, sustituyendo á las cuentas azules cuentas blancas de cal; estas rosetas se colocan delante y en los lados, de modo que cubran el alambre; para cubrirlo por detrás se emplean 2 filas de cuentas ópalo ensartadas, y con estas dos filas se hace un torcete, cosido de modo que disimule el alambre. Quedan que preparar las cadenillas y el fleco: este se compone de festones formados cada uno por 6 cuentas ópalo,—2 plateadas,—3 azules,—2 plateadas,—6 ópalo:—estos festones se atan á la última fila de cuentas, á intervalos de 2 y de 1 cuentas, y de modo que la que precede á las 2 últimas del feston forme al mismo tiempo la 3.ª del feston siguiente; por tanto, para cada nuevo feston se ensarta (despues de haber dejado un intervalo entre este y el anterior) primero 2 cuentas ópalo,—se pasa la hebra á través de la 3.ª cuenta del feston inmediato (contando desde arriba),—Se ensartan otras 3 cuentas ópalo,—2 plateadas,—3 azules, 2 plateadas,—6 ópalo,—se pasan 2 cuentas del borde exterior de la tablilla,—se pica la aguja á través de la 3.ª cuenta para sujetar el feston al borde.

Para cada cadenilla se ensartan, sobre 2 cabos iguales y muy largos, 3 cuentas ópalo,—2 plateadas;—se enlazan estos dos cabos pasando la hebra á través de 2 cuentas plateadas, una vez de derecha á izquierda,—otra de izquierda á derecha y así alternando, para formar eslabones: á estas cadenillas se les dá el largo que se quiera, y luego las 4 se sujetan sólidamente á las 4 esquinas de las 2 tablillas; luego se las reune, colocando sobre ellas una roseta semejante á las que se han descrito; pero mayor y mas rellenas.

Lambrequin al crochet.

Esta especie de labor puede servir, no solo para mesilla de chimenea, sino tambien para las mesillas que suele haber en los huecos de las ventanas.

Nuestro modelo tiene un metro y 30 centimetros de largo, y 5 puntas de lambrequin, segun se vé en el dibujo. Se ejecuta con lana céfiro á punto de *presilla*, reproducido en tamaño natural por un dibujo especial; este punto tiene casi el aspecto de una doble cruz; sirve de fondo al dibujo que se ejecuta á la cruz comun. Es imposible indicar la cantidad de lana que ha de emplearse, supuesto que ha de depender del tamaño de la obra; para el fondo de nuestro modelo, que tiene 1 metro y 30 centimetros de largo, se han empleado 260 gramos de lana céfiro. La parte que cubre la mesilla se hace por separado, y se ejecuta *atravesada*, de ida y vuelta; las puntas del lambrequin se hacen al mismo tiempo que la orla que llevan encima.

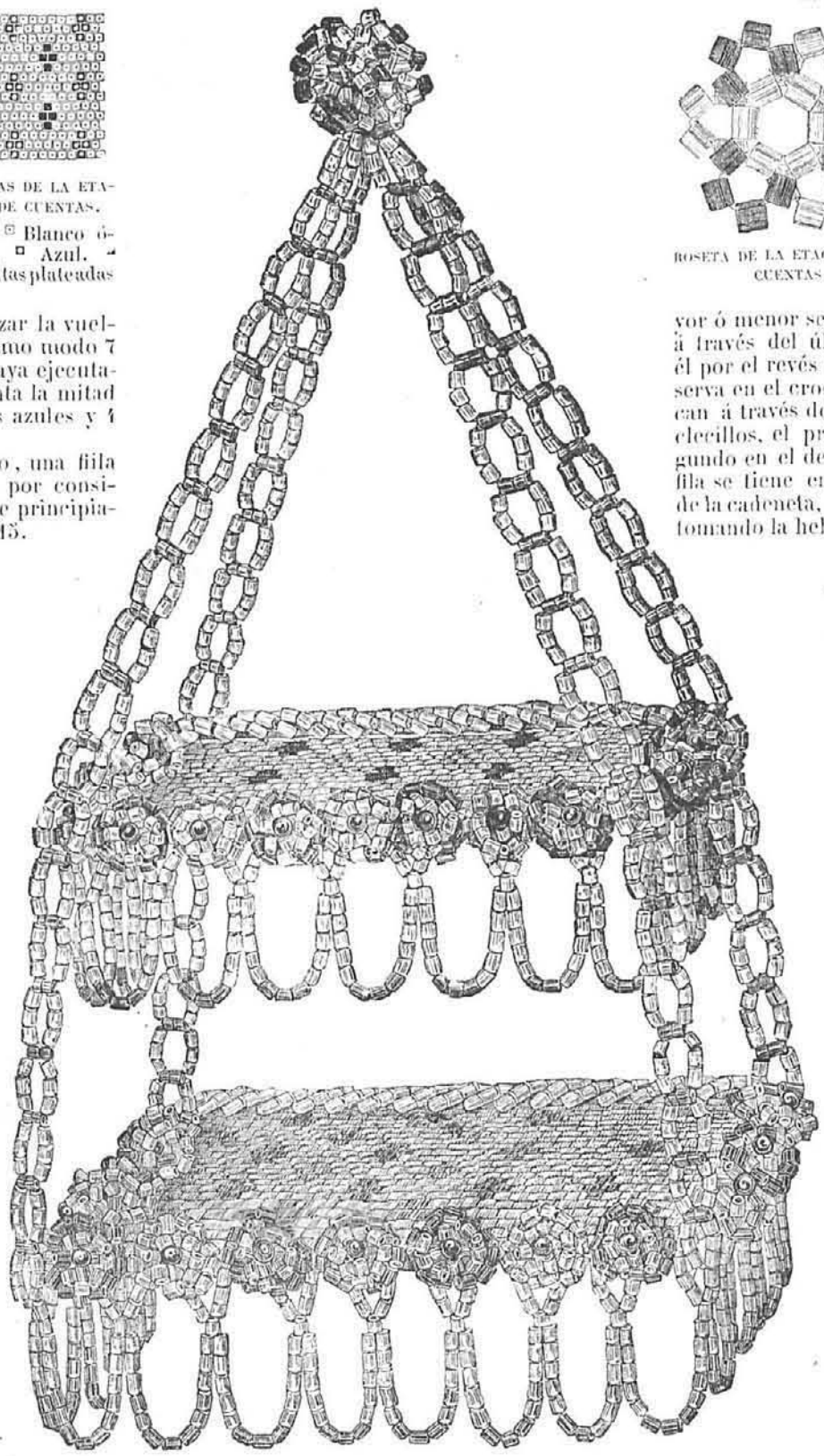


ROSETA DE LA ETAGERA DE CUENTAS.

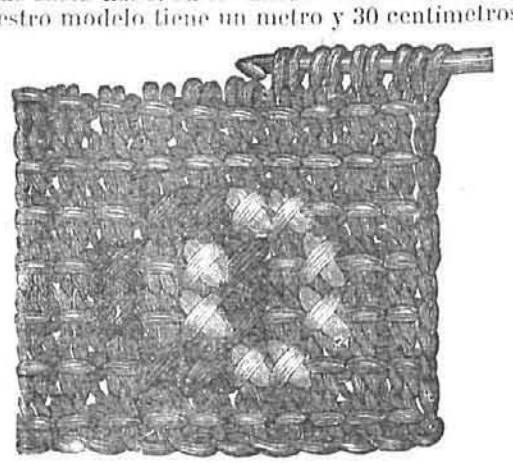
Fondo de la mesilla. — Se toma la lana destinada para este fondo (punzó en nuestro modelo); se hace una cadeneta de 32 puntos representando el ancho de la mesilla, y que será mayor ó menor segun sea este. Se saca un buclecillo á través del último punto picando el crochet en él por el revés de la labor; este buclecillo se conserva en el crochet como 2.º punto; despues se sacan á través de cada punto de la cadeneta dos buclecillos, el primero en el lado de delante y el segundo en el de detrás de cada punto: al fin de esta fila se tiene en el crochet el duplo de los puntos de la cadeneta, por consiguiente 64; se vuelve atrás, tomando la hebra sobre el crochet, y pasándola de una sola vez á través de los dos últimos puntos que se han hecho: * se vuelve á tomar la hebra, se la pasa de una sola vez á través de los tres puntos, á saber, del último buclecillo formado cuando se han pasado los dos puntos anteriores, y al mismo tiempo á través de los 2 puntos siguientes; se vuelve á empezar sin cesar desde *. Estas dos filas forman una vuelta del dibujo. En la que sigue se vuelve á tomar el mismo número de puntos, es decir, que se saca la hebra á través de cada punto de la vuelta anterior, picando siempre el crochet por el revés de la labor en la parte perpendicular de cada punto, de modo que las presillas que abrazan cada uno de los 2 puntos permanecen intactas por el derecho de la labor. El dibujo que representa el punto *presilla* indica este pormenor: en él se ven las presillas intactas, y los 2 puntos que exceden de dichas presillas son aquellos á través de los cuales se pasa la hebra para volver á formar dos puntos; la fila siguiente se hace como la penúltima. Se ha de cuidar siempre de no hacer *encontrados* los puntos, y de no desmontar, por tanto, un punto perteneciente á una presilla con uno que pertenezca á otra. De este modo se continúa el fondo de toda la mesilla, y se termina la última vuelta haciendo puntos-cadenetas, para conservar las últimas presillas por el derecho de la labor.

Fondo del lambrequin.—Se ejecuta con arreglo al dibujo de tapicería: cada cuadro (ó tipo) representa dos puntos reunidos por una presilla; se hace este punto sin tener en cuenta los signos que indican los diferentes colores con los cuales se borda el fondo á la cruz comun, cuando se ha terminado. Se principia por el borde superior, haciendo una cadeneta de 12 puntos; se forman tantas vueltas cuantos cuadros hay hasta el principio de la primera esquina del lambrequin, para el cual se hacen 9 puntos en el aire, sobre estos nuevos puntos y sobre los antiguos se ejecutan 6 vueltas;—se hacen luego 10 puntos en el aire para la esquina siguiente, y se continúa la labor con arreglo al dibujo; desde las dos vueltas mas largas (medio de la punta del lambrequin) se mengua, siguiendo siempre las indicaciones del dibujo. Este menguado se opera haciendo un punto sencillo sobre cada punto que hay que menguar.

Se orlan todos los contornos del lambrequin con puntos sencillos, haciendo alternativamente 1 punto con lana negra y otro con seda amarilla. La greca y el salpicado se bordan á la cruz. El lambrequin se forra, se pone una borla en cada una de



ETAGERA DE CUENTAS.



PUNTO PRESILLA EN TAMAÑO NATURAL PARA LA EJECUCION DEL LAMBREQUIN.

© Biblioteca Nacional de España

sus puntas, y se le cose á la parte destinada á cubrir la mesilla.

Delantal de tafetan ó alpaca negro.

El delantal conviene particularmente á las jóvenes diligentes y laboriosas; el que publicamos puede hacerse de tafetan ó de alpaca; en este último caso se le pondrán en el borde inferior 6 puntas de tafetan negro, con pasamanería negra al rededor de ellas. Cada punta tendrá 16 centímetros de alto, por 10 y medio en su borde inferior, y se le adornará con cintas de terciopelo negro de 1 centímetro de ancho, puestas perpendicularmente y separadas por un espacio igual á su ancho.

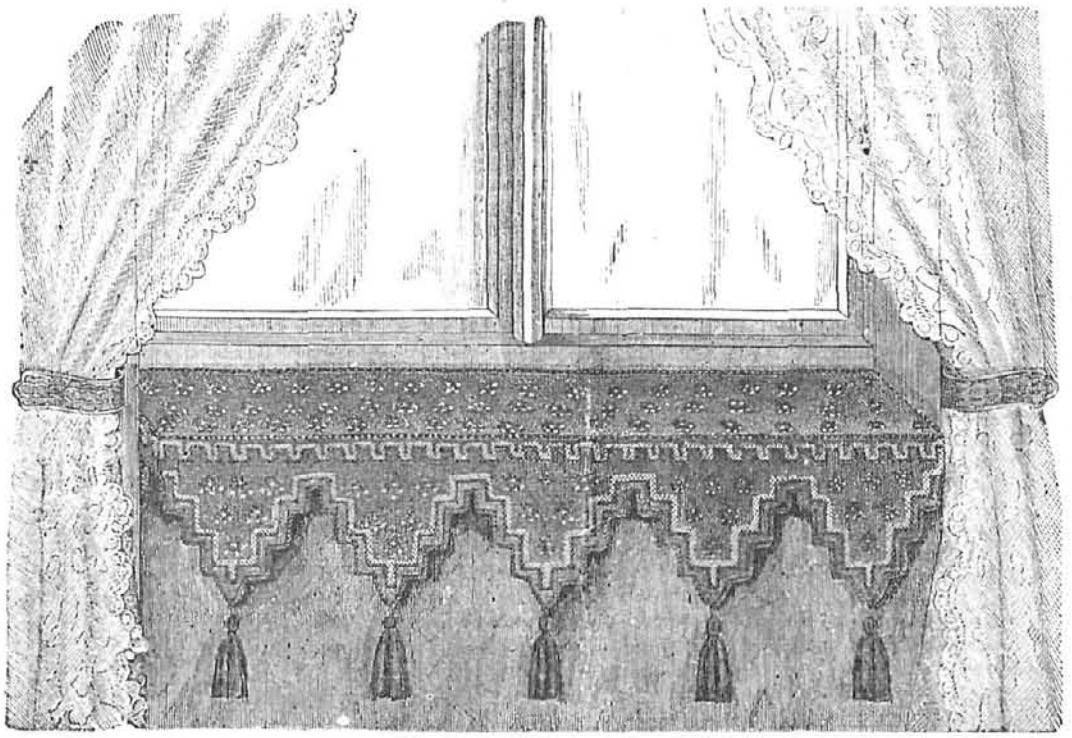
El largo del delantal es de 73 centímetros, su ancho de 80. La faltriquera se pone á una distancia de 17 centímetros de la cintura, y de 14 del borde de la derecha. El borde superior del delantal se frunce desde el medio de cada lado, y los fruncidos se extiran de modo que el ancho se reduzca á 29 centímetros. Se arma el delantal sobre un cinturon de punta, forrado y guarnecido con una ballena en el medio.

Trage para niña de 2 á 3 años.

Este trage se hace de tela de capricho, de lana, negro y blanco. Los adornos se componen de tiras de tafetan encarnado separadas por tiras de tafetan negro y sobre las cuales corre un lijero bordado de trencilla negra. Los mismos adornos se repiten en los pliegues de delante, y forman presilla sobre el corpiño, sobre el cinturon, las mangas cortas y la berta. El cinturon se fija por delante entre los dos pliegues anchos; la otra parte de este cinturon está en dos pedazos, fijados cada uno al otro lado de los pliegues y abrochándose por detrás; el trage se cierra por detrás.

Trage de nansouk para niño de 1 á 2 años.

Este trage, muy fácil de hacer aun sin patron, se compone, en cuanto al corpiño, de una especie de justillo en línea recta, que se extiende desde el talle hasta debajo del brazo, este corpiño se compone de tiras bordadas y de entredoses de encage, dispuestos alternativamente. Se pueden remplazar estos con tiras lisas; la enagua debe llegar hasta el tobillo.



LAMBREQUIN PARA VENTANA Ó CHIMENEA.

nar solamente los tirantes, las faltriqueras, el cinturon y las tiras que forman el peto con una trencilla encarnada, negra ó azul.

Chaleco abierto para señora.

La moda cada vez se hace mas *masculina*. No le alabamos el gusto, porque el vestido masculino no

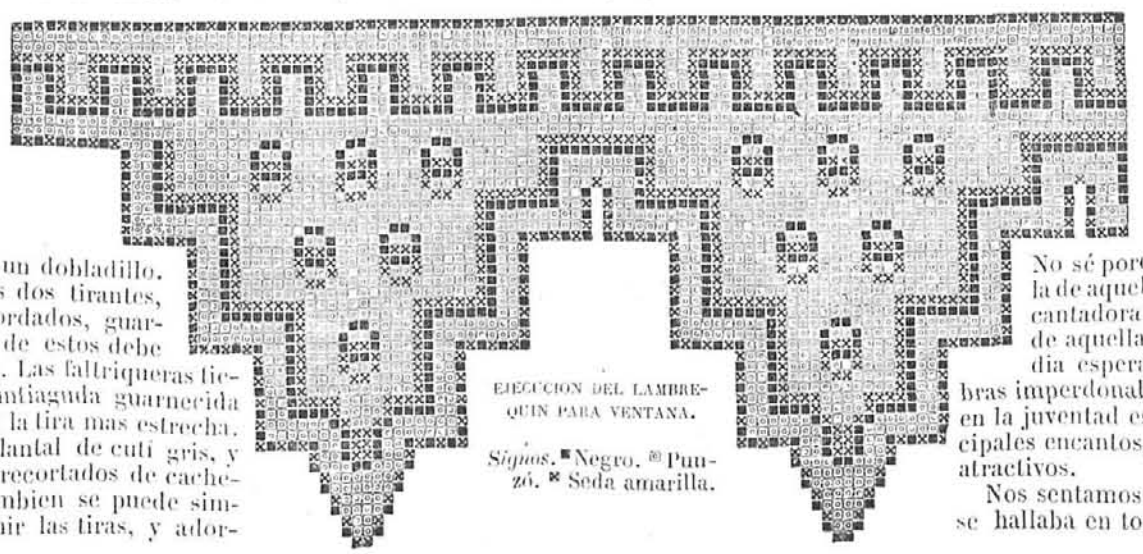
DELANTAL DE NANSOUK PARA NIÑA DE 6 Á 8 AÑOS.

Delantal de nansouk para niña de 6 á 8 años.

El delantal tiene 39 centímetros de largo y 61 de ancho; está orlado con un dobladillo pespunteado de 2 centímetros y medio de ancho. Se cortarán los tirantes, sin abertura en los hombros; cada tirante se guarnece con una tira bordada ó festoneada de 75 centímetros de largo y 3 y medio de ancho, disminuida en cada extremo de modo que no tenga mas que 2 centímetros y medio de ancho, y cosida con un vivo al borde exterior del tirante; el borde interior lleva solo un dobladillo. En el delantero, y entre los dos tirantes, se ponen tres entredoses bordados, guarnecidos de tiras; el largo de estos debe adaptarse al talle de la niña. Las faltriqueras tienen una pequeña vuelta puntiaguda guarnecida como los tirantes, pero con la tira mas estrecha.

Se puede ejecutar este delantal de cutí gris, y sustituir á las tiras rizados recortados de cachemira encarnada ó azul. Tambien se puede simplificar este modelo, suprimir las tiras, y adornar solamente los tirantes, las faltriqueras y el cinturon.

ofrece formas graciosas. Pero como nuestras reclamaciones son vanas, es preciso consignar aquí los decretos de esta caprichosa soberana, sin desistir nunca del precioso derecho de hacer reclamaciones y advertencias. Ved aquí pues una nueva variedad de *chaleco*. Está ribeteado este con una cinta de terciopelo negro, y orlado de guipur negro puesto liso, ligeramente sostenido solo en los ángulos. El chaleco, abotonado por delante, se abre en forma de corazon.



EJECUCION DEL LAMBREQUIN PARA VENTANA.

Signos. ▪ Negro. ® Punzó. ✕ Seda amarilla.

Sillas de tijera.

Cediendo á las numerosas instancias que se nos han dirigido, hemos hecho dibujar estos tres modelos. En otro número esperamos dar un dibujo de tapicería que pueda servir para uno de estos modelos. Además de la tapicería, se hacen de muchas telas, como damasco de seda, raso forrado, terciopelo, etc. Frecuentemente se borda en los asientos una cifra ó un escudo de armas.

N.º 1. La silla es de ébano con molduras doradas; para el asiento raso carmesí.

N.º 2. Bambú dorado, asiento de tapicería. Espaldar adornado de cordones y borlas, de lana, y de colores adecuados al asiento.—N.º 3. Sillon de tijera, madera dorada, asiento, brazos y espaldar de terciopelo azul. Corona y cifra bordados de hilillo de oro. Las cadenillas y argollas de los brazos son de bronce dorado.

No hay que decir que estos modelos pueden simplificarse en cuanto á maderas y adornos.

LA SIMPATÍA DEL DOLOR.

La miseria es un inmenso panorama, y la reflexion es el cristal óptico por donde se miran sus diversos cuadros de infinitas tintas. Una de las vistas que hemos contemplado detenidamente, es una antesala de oficinas en que se enjugan muchas lágrimas y se socorren muchas y perentorias necesidades. Allí no se encuentra esa miseria pestilente y asquerosa; no esa pobreza cubierta de harapos que inspira compasion y repugnancia á la vez, sino ese dolor íntimo del alma; ese inmenso sufrimiento del espíritu y de la materia.

La miseria cubierta de un paletot ó de una mantilla interesa, atrae, y siempre queremos hallar una historia tras de una mirada triste, tras de un rostro demacrado y sombrío.

Hace algun tiempo que hallándonos en una antesala de oficinas, muy notables por cierto, tuvimos ocasion de ver el interés que inspira ese dolor profundo y verdadero de una miseria digna y decorosa.

Varias personas ocupaban el salon cuando entramos en él: figuraban en primer término una señora como de sesenta años, de fisonomía triste y bondadosa, y una bellísima jóven que apenas contaria diez y seis primaveras: nada mas risueño y encantador que aquella cabeza cubierta de rubios cabellos peinados con exquisito gusto, con elegancia suma: nada mas bello ni mas gracioso que aquel rostro de nieve y rosa, donde se destacaban unos ojos azules y una boca lindísima plegada por una sonrisa tan ingénua y de una jovialidad tan encantadora, que tenia ese don inapreciable de la atraccion.

No sé porqué nos figuramos que la charla de aquella criatura habia de ser encantadora; y decimos charla, porque de aquella boca tan risueña no se podia esperar mas que ese flujo de palabras imperdonables en la edad madura; pero en la juventad es uno de sus primeros y principales encantos, uno de sus mas irresistibles atractivos.

Nos sentamos y fuimos examinando cuanto se hallaba en torno nuestro: todas las mira-

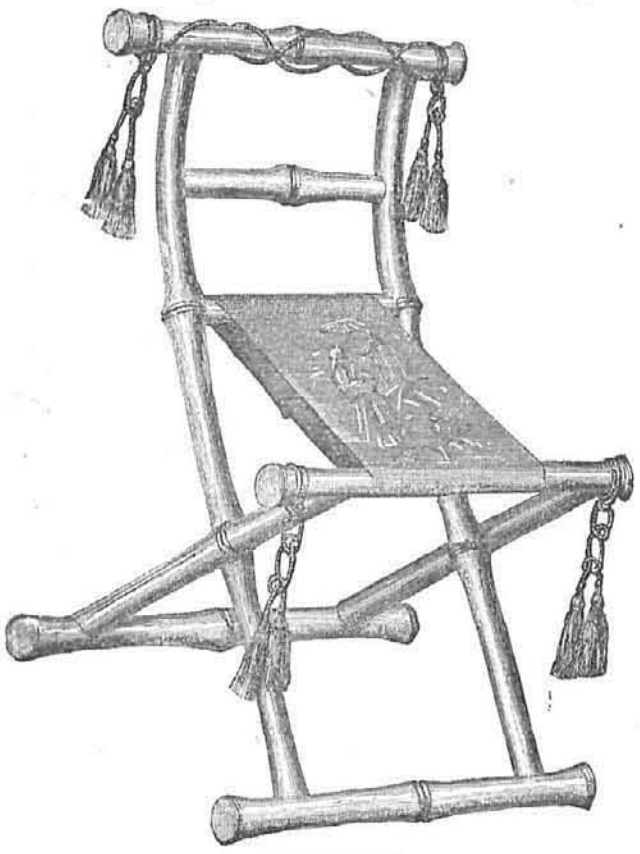
© Biblioteca Nacional de España

das estaban fijas en un punto, y en mas de un semblante sorprendimos dolorosa ansiedad. Dos nuevos actores entraron en escena, una mujer de continente aristocrático, vestida pobremente, atravesó con paso inseguro el largo espacio que separa desde la puerta al único asiento que habia vacante; la miramos fijamente y vimos en su semblante densamente pálido... la huella profunda de una mise-

TRAGE PARA NIÑO DE 1 A 2 AÑOS.

ria horrible. Era tan triste y tan dolorosa la expresion de sus ojos, que hasta la encantadora niña de rubios cabellos al mirarla dejó de sonreir y dijo por lo bajo:—Pobre señora, cuánto deberá sufrir!...

En pos de ella entró un anciano vestido con un pantalon y una chaqueta de paño, que fué azul, pero que ahora no se puede decir qué color tiene, dando vueltas entre sus manos á una gorra galoneada de oro. El pobre hombre miró en torno suyo y no viendo en donde sentarse, se apoyó contra una elegante mesa de mármol blanco de mucho mérito: la expresion de su rostro tenia esa vague-



SILLA DE TIJERA.

dad que se encuentra generalmente en los ancianos.

Cuando se presentó á recibir quejas y suspiros el señor á quien todos esperábamos, muy amable, atento y fino en sumo grado, el primero que se le acercó fué el anciano, el que en entrecortadas frases le dijo que habia sido mas de cincuenta años guarda... no recordamos de qué, y venia á reclamar ciertos atrasos.

El Señor L... le contestó que todavía no estaba terminado el expediente. Al oir estas fatales palabras el pobre hombre le dió maquinalmente nuevas vueltas á su gorra y murmuró en tono suplicante:

—¿Con que no hay nada, señor?

—Nada, hombre, nada; contestó impacienle el Señor L...

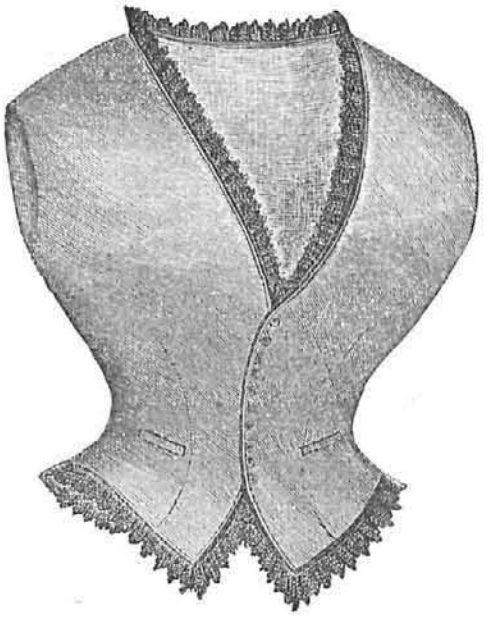
A esta segunda afirmacion de la triste negativa, el anciano restregó sus ojos como hacen los niños, y sacando un pañuelo se enjugó con fuerza el llanto que resbalaba por sus megillas. Al ver tan viva afliccion el Señor L... le dijo afablemente:

—Pero hombre de Dios ¿va Vd. á llorar por eso?

TRAGE PARA NIÑA DE 2 Á 3 AÑOS.

—Pues no he llorar, señor, le repuso con marcada afliccion, si ese es el único recurso con que cuento para mantener á dos hijas y diez nietos...

A esta exclamacion tan sencilla como tierna, todos los circunstantes miraron con interés al anciano, que ya no aparecia como un árbol seco y estéril, porque de su vida estaban pendientes doce

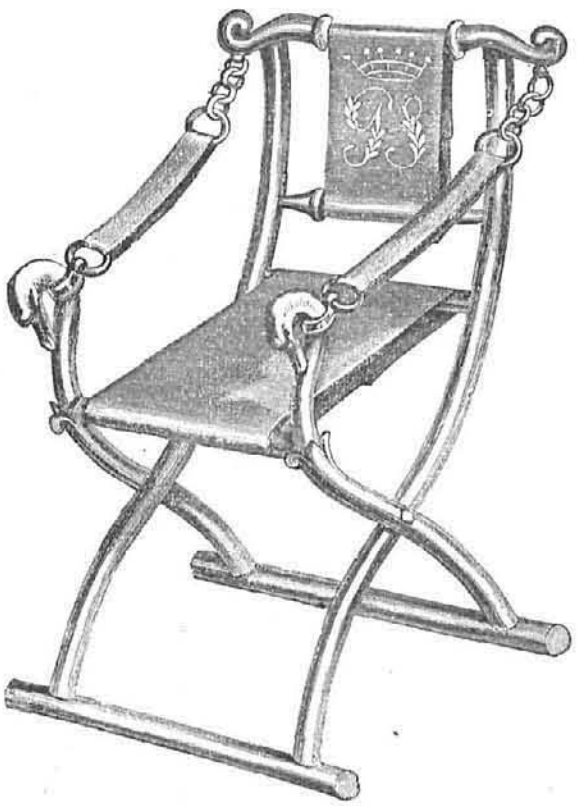


CHALECO PARA SEÑORA.

criaturas, porque á doce existencias les prestaba savia. Y ¡quién sabe cuántos sabios y cuántos héroes podrian salir de su tercera generacion!...

El Señor L... se sintió profundamente conmovido, y le aseguró al anciano que pasados dos dias tendria el gusto de entregarle los documentos que tanto deseaba, teniendo en ello un verdadero placer.

El buen hombre le dió mil y mil gracias, y salió



SILLON DE TIJERA.

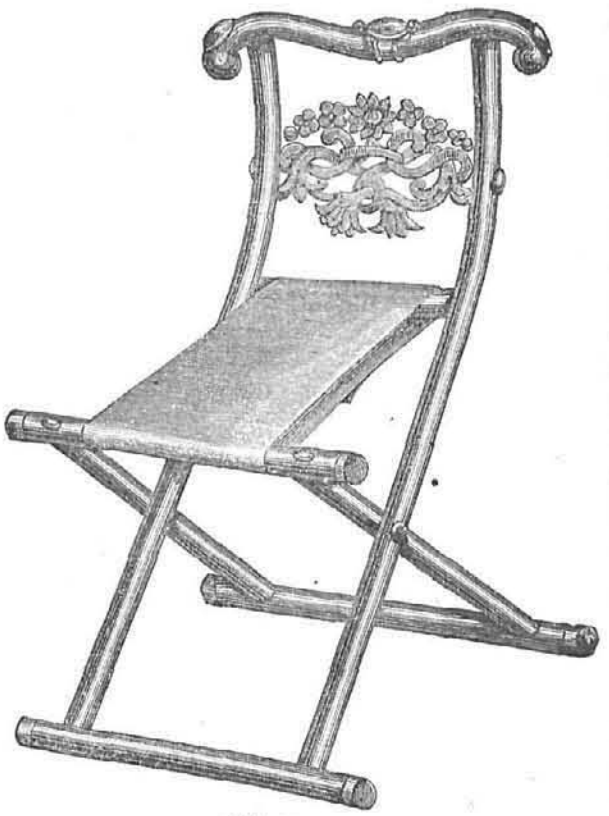
llevándose tras sí las simpatías de cuantos escucharon sus sencillas y tiernas palabras; su verdadera miseria, su extremada pobreza, habia conmovido los corazones mas indiferentes; habia despertado la misteriosa simpatía del dolor.

Un nuevo personaje apareció en el dintel de la puerta acompañado de un pequeño galgo inglés.

DELANTAL PARA NIÑA DE 6 Á 8 AÑOS.

Era un jóven italiano de negros cabellos y pálida faz, de mirada dulce, pero tan triste, que se adivinaban las lágrimas aun cuando no se veian brillar; tomó asiento y su perro le acariciaba tenazmente como para sacarle de la profunda abstraccion en que se hallaba sumergido su dueño.

Cuando el extranjero vió que el Señor L... iba á retirarse, se levantó, y en un ininteligible español le preguntó el resultado de dos solicitudes que tenia presentadas. Diálogo que mas de una vez causó la risa de los demás, porque no se entendian ni uno ni otro: vinieron nuevos empleados á tomar parte



SILLA DE TIJERA.

en la cuestion, y como siempre, no sabemos por qué, cuando se habla con extranjeros se grita á mas y mejor, nuestros paisanos alzaban la voz hasta el cielo, y el italiano los imitaba fielmente. Despues de mil *quid pro quos*, algunos de ellos chistosísimos, se vino á sacar en claro que las solicitudes habian sido devueltas sin resultado alguno.

Estas últimas palabras las comprendió al instante el extranjero: miró á todos con una mirada incierta y vaga, volvió á mirar en torno suyo como buscando algo, y abriendo sus brazos y alzándolos al cielo, exclamó con una voz desgarradora juntando sus manos:

—Pobre Angiolina!... pobres diávolos!... y cayó desplomado en un sitial.

La voz de aquel hombre tenia una vibracion tan rara, tan extraña, tan desconocida, pero tan triste, tan dolorosa, y tan conmovedora, que parecia que habia ido recogiendo ecos de todas las tumbas para darle á su voz aquel tono de dolor supremo; aquella inflexion tan poderosa y tan sublime, tan verdaderamente grande que se hacia dueña de todos

© Biblioteca Nacional de España

los sentimientos, que sujetaba á su dolor las sensaciones, inspirando interés, ansiedad, simpatía, é inquietud indefinible, anhelo inexplicable: en aquellas cortas frases habia revelado el extranjero, que tenia una mujer amante y unos hijos queridos; pero no una mujer que se quiere por costumbre, y unos hijos que se aman por ley natural, no... era aquella Angiolina la mujer de sus sueños: era la necesidad imperiosa de su alma: era el aliento de su vida, era la emanacion de todos los amores refundidos en un corazon.

Esto comprendimos en el grito de suprema agonía *que lanzó el extranjero*, y *esto mismo ó algo* parecido debieron comprender los demás, porque los empleados, acercándose á él, le dijeron:

—Esperad todavía... vamos á buscar de nuevo.

Y se fueron... ¡Con cuánto afan y temor esperábamos su vuelta! Volvieron: el jóven se adelantó hasta ellos. El Señor L... le dijo tristemente:

—No hay nada.

El extranjero se cubrió el rostro con las manos y murmuró con voz apagada.

—¡Pobre Angiolina!...

Su débil acento parecia el eco del dolor que se perdia en el espacio de la desgracia. Todos le miraban con profunda compasion: el pobre perro se abrazaba á sus rodillas y aullaba sordamente. Pasó algunos momentos sumido en su dolorosa meditacion, y despus, alzando la cabeza y mirando á *todos* lados como el que despierta *de un penoso* sueño, saludó cortesmente y se fué seguido de su pequeño é inteligente galgo.

Cuantos se hallaban en el salon afirmaron que nunca habian oido una voz que tanto les conmoviera. La niña de cabellos de oro exclamaba:

—¡Cuánto daria por conocer á Angiolina: me figuro *que ha de ser muy hermosa*, porque solo siendo encantadora se podrá inspirar esa pasion que siente el italiano por ella.

Nosotros aseguramos que nunca podremos olvidar la dolorosa historia del jóven extranjero: el eco de su voz resonará siempre en nuestro oido y al declinar la tarde, cuando escuchamos ese murmullo vago y sin nombre, ese prolongado suspiro de la humanidad, creemos percibir un sonido nuevo y extraño, *una voz que murmura*.

—Pobre Angiolina!—Él de nosotros no guardará un recuerdo: nosotros guardamos de él la tierna reminiscencia que deja en pos de sí la simpatía del dolor.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

DIEU PROTEGE LA FRANCE.

HISTORIA DE UN NAPOLEON.

(Conclusion.)

IV.

¿Necesitaré referiros nuestra conversacion durante el almuerzo? Lo creo inútil; básteos saber que se habló mucho y muy bueno, y que al dar las dos, aun no habiamos abandonado la mesa. A fuerza de preguntas y de observaciones llegué á formar mi juicio sobre el carácter y las ideas de Camila. Amaba el lujo, pero odiaba la riqueza: su corazon abierto antes de tiempo á las ilusiones y á los deseos, necesitaba placeres mas dulces, menos efímeros que esos placeres del gran mundo que solo halagan la vanidad y el amor propio, pero que ceden ante el sentimiento, y se extinguen á la sola idea de la duracion.

Camila habia sido víctima de las preocupaciones de la alta sociedad, y niña aun, se unió á un hombre que nada le podia dar en pago de su amor; hombre frívolo, inconstante, esclavo solo de la moda y el vicio; de esos que arriesgan un millon por la valentía de un caballo que ha de correr en el hipódromo, y no esponen un real por la virtud de una mujer que deshonran á los ojos del mundo.

Por fortuna, á los tres ó cuatro años de su matrimonio, que casi no lo habia sido mas que en el nombre, el esposo de Camila fué muerto en un duelo que procovó; su esposa tenia entonces poco mas de veinte años. Sintió su pérdida como debia sentirla una mujer honrada, pero se consoló pronto, porque era muy jóven, y su enlace le habia servido de provechosa enseñanza para lo futuro. Entonces abandonó su casa, viajó por el extranjero *algun tiempo, acompañada de su tia*, y volvió con el firme propósito de consagrar su vida á un hombre que anhelara hacerla feliz, y al cual á su vez, pudiera descubrir los tesoros de cariño y de ternura que guardaba en su corazon.

Esto fué lo que aprendí en el almuerzo, y lo que ella me dió á entender con sus palabras,

¿Era yo el hombre que ella deseaba? Este problema es el que debe resolverse muy pronto.

Permanecíamos aun en el comedor, cuando un criado anunció al vizconde de...

—Que pase aquí, dijo Camila al criado, y luego añadió dirijiéndose á mí:

—Mi primo, un fátuo de los que abundan en los salones, que tiene la necia presuncion de creer que le amo, y la gratitud suficiente, segun dice, para corresponderme.

El vizconde apareció en el umbral de la puerta.

Sin ser feo, tenia su figura un no sé qué de estravagante que inspiraba risa: era pequeño, enjuto, de ojos rasgados pero casi sin brillo, y su rostro estaba rodeado de una barba oscura y rizada, que formaba un raro contraste con su cabello lácio y partido en mitad de la frente.

—Amada prima! exclamó despues de saludarme con una ligera inclinacion de cabeza; supongo que estarás enfadada conmigo por los tres dias que han pasado sin venir á verte?

—No por cierto; no he pensado en semejante cosa; por el contrario, ahora mismo hablaba de lo satisfecha que me hallo hace algun tiempo, y aquí está un caballero que no me dejará mentir.

—Puede usted asegurarlo, señora, porque yo participo de su satisfaccion.

—Y á propósito de este caballero; primo, tengo el honor de presentártelo; D. Enrique M., uno de mis mejores amigos.

—No recuerdo haber tenido el gusto de verle hasta hoy, interrumpió el vizconde vivamente.

VESTIDOS DE NIÑOS.

Niña de 8 años.—Trage de popelina gris bordado de trencilla grosella; cinturon con tirantes, y gran faldeta detrás; corpiño de nansouk blanco, con mangas largas.

Niño de 6 años.—Vestido de cachemira color castaño. Pantalon ancho atado por debajo de la rodilla; botines de la misma tela; chaqueta cerrada, larga, con cuatro faltriqueras, sujeta por una correa del color del vestido; el cuello de la chaqueta es vuelto; camisa de cuello vuelto.

Jovencito de 12 á 13 años.—Pantalon y chaqueta-saco de paño gris; la *chaquet tiene cuatro faltriqueras aparentes*; *chaleco igual á la chaqueta*; gorra de paño gris.

Niña de 6 años.—Trage de piqué blanco, con bordados de trencilla color castaño; corpiño escotado; mangas cortas de batiste; el cinturon, la berta y las mangas se guarnecen con un rizado estrecho de nansouk blanco; camiseta alta con mangas largas de nansouk; sombrero de paja con plumas y terciopelo, ámbos de color castaño.

Niño de 8 años.—Vestido completo de popelina gris; pantalon ancho sujeto debajo de la rodilla; blusa con correa; la blusa se abotona por un lado.

© Biblioteca Nacional de España

—No es extraño, repliqué á mi vez, he conocido á esta señora...

—En el extranjero, dijo Camila concluyendo mi oracion. Y luego dirijiéndose á mí:

—Presento á usted á mi primo el vizconde de... uno de los primeros sócios del Casino, y que entre otras probabilidades tiene la de ser elegido diputado en las próximas Córtes.

—Sin embargo, caballero, no es esa probabilidad la que mas me seduce, murmuró el vizconde algo picado.

—Lo creo, primo, pero es la mas fundada de todas.

No me quedaba duda; el vizconde amaba á Camila y esta le aborrecia; aquello era para mí un triunfo, y abusé de él. El probable diputado fué batido en todos terrenos sin consideracion. Afortunadamente para él un lacayo llegó á entregarle una carta que habian dejado en su casa, y que la traian por si era urgente. La abrió con rapidez, pero al momento la arrojó sobre la mesa despidiendo al lacayo.

—¿Qué es eso? ¿alguna intriguilla electoral? preguntó Camila con interés.

—Nada, una de tantas farsas como diariamente se inventan en Madrid, para estafar á los incautos, lee:

La jóven tomó el papel, y leyó en voz alta:

«Una familia, que vive en la calle de las Tres Cruces, número 6, cuarto bohardilla apela á la generosidad de V. S. para que contribuya con alguna limosna á remediar su miseria, pues la muerte del padre ha sumido en la indigencia á una mujer y cinco hijos de corta edad, que no han fallecido gracias á un honrado artesano, su vecino, que es el que se dirije á V. S., pues sus recursos no igualan á su buena voluntad.»

—¡Siempre desgracias! exclamó Camila doblando la carta, no sin haber leido bien las señas de la casa.

—¡Siempre embustes! replicó el vizconde; gracias que ya hay muy pocos que crean en esos papeluchos.

Me pareció no debia prolongar mas tiempo mi visita, me levanté; Camila me tendió la mano y me la apretó diciendo:

—Mañana concluiremos ese asunto que usted sabe. Espero á usted á las tres, si es que no quiere hacerme el honor de almorzar conmigo.

—Gracias, solo cumpliré lo primero, porque me es imposible lo segundo.

Y saludando al vizconde con frialdad, salí de la casa donde habia estado á punto de volverme loco.

Llevé las manos á mis sienes, y ardian, las llevé á mi corazon, y al pasarlas por el chaleco toqué un objeto dentro de mi bolsillo; lo saqué; era mi napoleon. Un impulso secreto me lo llevó á los labios, y tuve un momento de placer.

¡Hacia tanto tiempo que no besaba á nadie! Y sin embargo, aquel beso, era el beso de despedida, porque el napoleon no debia permanecer conmigo mas que algunas horas.

Tenia una mision que cumplir en la tierra, y la cumplió.

Ya podeis figuraros cómo.

V.

En la noche de aquel mismo dia, recibió la desgraciada familia de la calle de las Tres Cruces una moneda de cinco francos, envuelta en un papel, donde se leian estas palabras: «socorro de parte del señor vizconde de....»

A la tarde siguiente, me presenté como habia ofrecido, en casa de Camila. Me recibió con su amabilidad acostumbrada, y sin saber por qué giró la conversacion sobre su primo. Me contó lo que yo habia adivinado antes, y yo le referí lo que esperaba. Celebró mi ocurrencia generosa, y me dió las gracias por esta nueva ocasion que le presentaba de humillar al vizconde.

Este no se hizo esperar.

Entró en la sala pálido, iracundo, y con una sonrisa entre insultante y desdeñosa, me dijo casi sin saludarme:

—Caballero, sabia que encontraria á usted en este sitio, y he venido á buscarle.

—¿En qué puedo servir al señor vizconde? respondí á mi vez con una calma que le contuvo.

—En mucho; he sido víctima de una burla grosera, y deseo me ayude usted á buscar á su autor.

—Dentro de dos horas, tendré el gusto de ver á usted en el sitio que me señale, dije á media voz, y disponiéndome á partir.

—Corriente.

—Amado primo, exclamó Camila con su sonrisa habitual, supongo que no te ofenderás si te dejo, pero voy en este instante á cumplir con un deber de caridad. ¿Quieres acompañarme?

—Gracias, prima; tengo dentro de dos horas una cita en el Suizo, y eso pudiera retrasarme. Volveré esta noche, pues tengo necesidad de hablarte.

Y esto diciendo, se alejó con paso precipitado, oyéndose á poco en la calle el ruido de su berlina.

Dos dias despues se leia en los periódicos de Madrid:

«Se habla en las grandes reuniones de la Córte, de un duelo que debió verificarse ayer, y que se ha suspendido por la desaparicion de uno de los contendientes. A su tiempo daremos mas pormenores de tan extraño suceso.»

Vosotros sabeis muy bien que yo no he abandonado mi casa; por tanto, es inútil deciros que el vizconde fué el que no concurrió á la cita. En cambio, me remitió poco despues desde Burdeos una carta en que me decia: «Si mi prima me hubiese amado, me hubiera batido con usted á muerte, pero cuando supe, no solo que me aborrecia, sino que hacia mofa de mi, no quise darle el gracioso espectáculo de un duelo, que cualquiera que fuese el resultado, redundaria en perjuicio mio. Además, tengo el convencimiento de que la burla de usted fué tambien preparada por ella, y reservo mi venganza para otra ocasion.

Esta es la historia; me parece, que tanto el principio, como el último episodio no dejan de tener orijinalidad, y por lo tanto, apodérese de ella el que quiera, y cuénlela al público, aunque teniendo cuidado de ocultar los nombres.

—¿Y el final? gritaron todos los concurrentes.

—Carece de él, contestó Enrique sonriendo.

—Pero ¿y Camila?

—Buena; la veo casi todos los dias, y nuestros amores no son ya un misterio para nadie.

—Queremos conocerla.

—Bien; ya sabeis sus señas; solo os añadiré para mayor claridad, que la podeis ver todas las noches, pues está abonada á palco en el Teatro Real.

—¿Y te casarás con ella?

—¡Imbéciles! eso no se pregunta jamás á un jóven pobre, enamorado de una viuda rica.

—Y ¿no has vuelto á saber del primo?

—Hace cuatro dias; ¿no os acordais de haber oido decir que una de estas últimas noches fué acometido por dos ladrones un caballero que venia de viaje, y que solo debió su salvacion á otro que se presentó en el momento en que trataban de asesinarle, y que logró ponerles en fuga?

—Es verdad, lo recordamos,

—Pues bien, el vizconde y yo éramos los dos caballeros.

—Qué mal rato pasaria con tu socorro!

—Al contrario; me abrazó despues del suceso, y me ha suplicado, que si hay boda, le permita ser uno de los testigos.

—Y Camila, ¿qué dice?

—Camila, como todas las personas que tienen corazon y talento, cree que las dichas de este mundo son como los premios de la lotería; todo el que juega piensa que su número será probablemente el agraciado, pero lo cierto es, que solo un milagro de Dios puede convertir en realidad las probabilidades.

MANUEL DEL PALACIO.

EL LIBRO DE LAS FLORES DE MAYO.

CUADROS DE LA VIDA DE LA VÍRGEN.

INTRODUCCION.

I.

Ya siento en mi hogar tranquilo
Las suaves brisas de mayo;
Cargadas vienen de aromas
Y repiten dulces cantos
De celestes armonías,
Que en el corazon humano
Penetran como consuelos
De amarguras y quebrantos.

II.

Con el sueño de los ángeles,
En los maternales brazos
Duerme mi hija y sonríe
Y sus inocentes labios
Yo no sé qué balbucean,
Que, con sonidos tan vagos,
Mi corazon se extremece,
Se inunda de gozo santo,
Pienso en Dios me humillo y rezo
Y al besar el rostro cándido,
La frente de mi María
Con dulces lágrimas baño.

III.

¡MARÍA! bendito nombre,
Cuyos divinos encantos
En oraciones sencillas,
Con cariñoso cuidado
Mi madre me revelaba
En los infantiles años.
Hoy los recuerdos del hijo
Evoca con entusiasmo
El que su ventura cifra
De la familia en los lazos;
Que, fuera de ella, del mundo
Son las glorias humo vano
Que las ardientes pasiones
Disipan, en pos dejando
Para tumba de esperanzas
Cenizas de desengaños.

IV.

¡MARÍA! tú purificas
Con aquel recuerdo santo,
Los dulces sueños del hijo
Que el padre vé realizados.
Tú, la inmortal esperanza
Del que lucha en el naufragio;
De los mares procelosos
Inmenso y luciente faro;
Refugio de pecadores;
Madre de los desdichados.
Tú diste luz al poeta
Con el brillo de tus lauros;
Por tí la virtud adora
Y execra el vicio nefando;
Tú su inspiracion enciendes
Y eres guia de sus pasos
Para que, mártir del mundo,
Muestre al mundo con sus cantos
Donde está la Eterna Pátria
De los tristes desterrados.

V.

Mira, Purísima Vírgen,
Cómo reposa en los brazos
De su madre mi María,
Que sueña con sus hermanos.
Nombre la dan tus Dolores
Y vino al mundo á llorarlos:
Cuando llore el ángel mio,
tú le enjugarás el llanto.
Antes de dormirse, flores
En la cuna fué dejando;
Que á sus inocentes juegos
Llevan, ofrenda los campos,
Porque de gala vestian
Cuando vino á visitarlos.
Son flores de la inocencia,
Se alzan frescas en su tallo;
Para tí, Mística Rosa,
Las de mi María guardo.
A las de mi pobre ingenio
Vida y color van prestando,
Y hoy á tus altares llegan
Del candor bajo el amparo.
Con sus humildes pinceles
Hoy bosquejará tus cuadros
El pobre artista que fia
Solo en tu prestigio santo.
Que en tí siempre el pensamiento,
Y la oracion en los labios,
Será la luz del poeta.
La pura fe del cristiano.

EDUARDO BUSTILLOS.

PENSAMIENTOS SOBRE UN PENSAMIENTO.(*)

A MI LINDA AMIGA LA SEÑORITA DOÑA CONCEPCION VIANA CÁRDENAS.

Cuando veo en tu cabeza
Colocado un *pensamiento*,
Exclamo: ¡si como este
Viera yo los que están dentro!

Y á fe que me engaño mucho
Al exponer este aserto,
Porque tambien el de fuera,
Es para mi otro misterio.

Él no nació en tu cabeza,
Que los tuyos son mas bellos,
Luego si allí no nació
Es claro que te lo has puesto.

Pero ¿de dónde ha venido?
Es silencioso en extremo
Y no dice mas palabra
Por mas que le interroguemos.

Tal vez por lo mismo tú,
Confiada en su silencio,
Le consultas, te responde,
Lo halagas entre tus dedos,
Lo llevas hasta la boca
Donde escucha, tus secretos
Y para que sentir pueda
De tu corazon los ecos,
En brazos de un alfiler
Lo aprisionas á tu pecho.

Despues lo dejas en agua
En donde apaga su fuego,
Y cuando su tez levanta
De grata fragancia lleno,
Vuelve otra vez á esconderse
Entre tus lindos cabellos.

Y así su vida se agota
Siendo oloroso correo
Desde tu pecho á tu frente,
desde tu frente á tu pecho.

Y cuando marchito lanza
Su dulce aroma postrero,
Abres cuidadosamente
Sus ya moribundos pétalos,
Y son las hojas de un libro
Sepulcro del *pensamiento*.

(*) Se prohibe la reproduccion.

© Biblioteca Nacional de España

Viviera allí eternamente
Si el libro aquel fuera eterno...
Y dime: ¿qué significa
Flor que *vive* tanto tiempo?

Por eso te dije antes,
Y de ello no me arrepiento,
Que si jamás tus ideas
Penetrar ni saber puedo
Los *pensamientos* que llevas
Y que yo miro y contemplo
Aun tan á la vista encierran,
Tal vez muy grandes misterios.

Pero si solo por gusto,
Conchita, los llevas puestos,
Si son tan solo un adorno
elegante como bello,
Acoje este pobre mio
Tan franco como modesto,
Y si á marchitarse llega,
Que será muy pronto espero,
Entre las hojas de un álbum
Halle el descanso postrero.

Pero si aun le aprecias mas,
Porque al fin el pobre es bueno,
Guarda el *pensamiento* mio,
Conchita, en tu *pensamiento*.

José C. BRUNA.

MARIA.

(Continuacion.)

—Pero si esa familia es orgullosa, ¿lo será Jorge? Vos no le conoceis como yo; no sabeis que sus sentimientos son generosos, que es mas noble por su proceder que por su cuna, que su alma entusiasta es un tesoro difícil de apreciar en su justo valor. ¿Quién mas pundonoroso que él? Ninguno. Modesto siempre, ignora esas cualidades que le embellecen tanto; ¿y llamais á esto orgullo? No, padre mio, Jorge es el modelo de la juventud.

Brillaban los ojos de la apasionada jóven con el fuego del entusiasmo: el venerable anciano la escuchaba tranquilamente, y despues de un corto intervalo de silencio, continuó:

—Sí, necesitaré para convencerte recordarte que no se halla aquí. ¿Dónde está ese pundonor tan proclamado y esa pasion tan dominante y pura, que nunca se ha atrevido á hablarme de ella? ¿Porqué no se ha dirijido al honrado labrador para pedirle la mano de su hija? ¿Quieres que te lo diga? porque su vanidad ha podido mas en su corazon que su amor. Habrá dicho para sí: «Yo puedo enlazarme con una jóven de casa ilustre igual á la mia, con una jóven de quien no tenga que avergonzarme y que pueda alternar en sociedad con la alta aristocracia: el tiempo desengañará á María de que nuestra union era imposible, y ella me olvidará.» Así habrá pensado, y para efectuarlo ha emprendido ese viaje voluntario, al que ha querido dar toda la apariencia de un acto forzoso.

—No, no es capaz Jorge de semejante infamia. Decis que él se avergonzaria de llamarme su esposa, no lo creais; porque el tiempo le daria á conocer que la hija del viejo Anselmo sabia apreciar dignamente y hacer respetar los timbres de su casa. Además, ¿porqué no creer que se haya visto obligado á esta ausencia bien á pesar suyo? Pero algun dia volverá, y entonces le hareis la justicia que se merece. Añadis que porqué no os ha pedido mi mano. ¿Se la hubiérais concedido? Creo que nó. Siempre acosado por vuestras cavilaciones, hijas de vuestro extremado cariño, hubiérais encontrado un nuevo motivo de desconfianza para negarle vuestro consentimiento.

—Acuérdate de mis reflexiones, María, porque á mis años se tiene mucha experiencia.

Y separándose de su hija Anselmo se dirijió hácia el campo para recrearse en la bella perspectiva de la naturaleza.

III.

Luisa de B... se hallaba á la sazon en Granada, donde poseia parte de sus pingües riquezas, habiendo abandonado por algun tiempo el pueblo de su naturaleza en las inmediaciones de Jaen. El marqués de*** su padre, hacia dos años que habia muerto; y Luisa, hija única, habia sido la heredera del título y bienes de su padre, que tan justamente le correspondian. Hacia muchos años que era huérfana de madre, y la implacable muerte arrebató la vida del marqués, privando á Luisa para siempre de los que la dieron el ser: solo quedaban de su familia un hermano de su padre, y doña Beatriz que lo era de su madre. Esta señora, de cincuenta años de edad, residia en Granada hacia ya mucho tiempo, y Luisa determinó pasar en su compañía una temporada, lo que ocasionó su viaje. A los veinte y cuatro años era muy natural que se fastidiase de vivir en un pueblo sin las mayores diversiones: jóven y a lemás de una figura elegante, deseó brillar y gozar de todos los recreos compatibles con su educacion y delicadeza. Frecuentaba las principales reuniones, y en todas ellas tenia un séquito de adoradores, ó cuando menos que aparentaban adorarla. Distinguíase entre todos á Jorge de B... su primo, que segun se decia, en vida de los padres de Luisa se habia tratado el casamiento; pero que esta habia manifestado posteriormente que no daria su mano sino al que supiera merecerla.

—Luisa, decia el jóven sentándose inmediato á esta, ¿porqué no creeis que os amo? ¡Ingrata! ¿no veis lo que sufro? ¿no conoceis en mis palabras que son verdaderas? Si no fuera por vos, solamente por vos, ¿pensais que estaria aquí? No, Luisa, no; pero me es imposible resignarme al sacrificio de no veros, esto seria superior á mis fuerzas: por compasion... concededme una sola esperanza, y disponed en cambio de mi vida.

—¿Cómo puedo creer en vuestro amor, cuando hará como unos tres años que os era del todo indiferente? Entonces estábamos la mayor parte del dia el uno al lado del otro, y por una mera política nos saludábais con la mayor indiferencia: nuestros padres hacia tiempo tenian proyectado nuestro enlace, y vuestra frialdad, vuestro desamor me hicieron que suplicara al marqués que retirase su palabra, bajo el pretexto de que yo queria ser libre, para entregar mi corazon y mi mano á quien supiera merecerla; bien recordareis los disgustos que por aquella época se suscitaron entre vuestra familia y la mia, y que vuestro padre, altamente resentido os mandó que inmediatamente dejárais nuestro país, pues vos solamente érais la causa de aquellas desavenencias; ¿y formareis todavía empeño en hacerme creer que vuestros sentimientos son sinceros?

—He sido un insensato; yo no debia amaros porque no soy digno de vos, replicó Jorge; ¡ah! Luisa, vos no podeis tener ni una ligera idea de la lucha terrible que sufre mi corazon; si pudiérais leer en él, ¡cuán dichoso seria! Entonces no importunaria mas con mi malhadado amor, porque seriais árbitra para pronunciar mi sentencia. Habeis dicho la verdad; siempre frio, distraido, apenas cumplia con los deberes que me imponian la educacion y la etiqueta. Luisa, perdonadme, porque hace tres años... estaba loco: insensible á todo lo que me rodeaba, habia creado en mi fantasía un sueño de felicidad que embotaba mi alma, que dominaba mis sentidos, y que entonces aseguraba mi dicha. Me obligaron á abandonar el país donde viví tres años tranquilo: y lleno de dolor ví por primera vez á la encantada Sevilla, que se eleva majestuosa entre tantas otras ciudades, bañada por las olas del Guadalquivir: allí supe la muerte del marqués, la que me causó una viva sensacion, y al dia siguiente me hice á la vela para Barcelona: desde allí visité las principales capitales de Europa: y el deseo de volver á mi patria, al suelo nativo que tenia tantos recuerdos para mí, determinó mi regreso. Pero habia oido á los extranjeros las poéticas descripciones de Granada, y deseé verla. Entonces me dirijí aquí; supe á mi llegada que se hallaba en esta una prima mia, y al oir vuestro nombre creí de mi deber ponerme á vuestras órdenes; me dirijí á casa de vuestra respetable tia, donde tuve la dicha de veros. Desde aquel momento vuestra imágen me perseguia por todas partes, corrí ansioso á los sitios que teníais costumbre de frecuentar; y ya lo veis, os amo, os amo á mi pesar, Luisa; os amo porque aquella impresion que sintió mi corazon al veros despues de tres años, mas bella que nunca, amable, bondadosa, fué una impresion de las que dejan para siempre huellas difíciles de borrar. Yo os adoro, Luisa. Concededme una entrevista, una sola, para que pueda manifestaros cuán puro y verdadero es el afecto que os profeso.

—Es imposible esa cita, Jorge, disimulad: en presencia de mi tia os recibiré siempre; pero una conversacion reservada no puedo concedérosla.

En esto anunció un criado que el carruaje de la señora marquesa estaba en la puerta, y Luisa se retiró sin dar oidos á las súplicas del apasionado jóven.

Jorge se lanzó fuera de la sala, pero al bajar el primer escalon, oyó el chasquido del látigo y el ruido de un carruaje que se alejaba; permaneció inmóvil algunos momentos: entró otra vez en el salon, y despidiéndose de la concurrencia, se retiró á su casa triste y pensativo.

—¿Qué tiene usted, señorito? le decia su criado; ¿está usted malo?

—No Juan, no tengo nada; vete á dormir, que deseo estar solo.

—¿No cena usted esta noche?

—No.

—Bien digo yo, que hasta que volvamos al pueblo y vea Vd. á su María, nada de este mundo le pone á Vd. de buen humor.

—María, María... exclamó Jorge, no; yo no debo ponerme en su presencia jamás.

—¿Y porqué, señorito? tenga usted paciencia; con el tiempo todo se consigue, y su padre de usted tarde ó temprano cederá: ya os permite volver á su lado, despues de mas de dos años de caminatas: conque ánimo y no hay que acobardarse.

—Juan, yo no puedo salir de Granada.

—¿Quién se lo impide á usted?

—Yo mismo.

—Vamos, no hay que ser celoso; ella ama á Vd. como Vd. á ella, y puedo probarlo al instante: alégrese usted y levante esa cabeza: ¿vé Vd. esta carta?

—Sí.

—Pues es de un amigo.

—Y bien.

—Lea Vd., lea Vd.

Jorge tomó la carta temblando, y á la luz de una bugía leyó lo siguiente:

«Juan, me dirás cómo está el señorito, porque la pobre María siempre está muy triste, amando cada dia mas á don Jorge.»

No pudo leer mas; las lágrimas empañaron su vista.

—Señor, ¿qué es eso? ¡qué inmutado se ha puesto Vd.! Vamos, sí, tengo desgracia: cuantos medios pongo en práctica para consolar á Vd., otros tantos yerros cometo.

—No, Juan, no; tú eres bueno y cariñoso con tu desgraciado amo; la culpa es mia, solamente mia.

—Desgraciado, desgraciado, murmuró el criado; si yo supiera la causa...

—¿Quieres saberla?

—Sí, señor; pero... tranquilícese usted.

—Juan, yo amo.

—Eso ya lo sé.

—Pero ignoras á quien.

—A María.

—No: respondió el jóven con voz atronadora. Amo á Luisa de B... la amo como nunca he amado. Sin querer, involuntariamente, me ha fascinado su mirar, su talento, su gracia.

—Luego ¿habeis olvidado á María?

—Calla, no repitas ese nombre que me aterra y que hiela toda mi sangre.

—En el curso de nuestro viaje, vos siempre me hablábais de ella.

—Sí, Juan, deseaba volver á verla, renovarle mis juramentos, mis promesas. Pero una fatalidad me condujo á Granada; ví á mi prima, no como en otro tiempo insípida é ignorante, la ví con el atractivo del talento, la ví amable, hermosa... y mi corazon deseó poseer aquel tesoro. Luisa me ha hecho olvidar á la jóven labradora. Luisa me hará aparecer á los ojos de María como un mal caballero; Luisa en fin, es árbitria de mi voluntad, de mi existencia, de mi mismo honor.

—¿Con que la amais tanto? contestó con amargura el leal criado.

—¡Que si la amo! Mira, Juan, menos ardientes son los rayos del sol en una siesta del abrasado julio, que la pasion que me devora: es tan pura como el objeto que me la inspira, mas inocente que la sonrisa de la infancia.

—Señor, ¿porqué hemos venido á Granada?

—Es verdad, si jamás hubiera pisado su hermoso suelo, no seria un mal caballero, infiel á mi palabra; no sufriria este martirio insoportable, este continuo padecer; ¿lo creerás? Me desprecia, desprecia mi amor, ¡Ingrata!...

—Entonces debeis olvidarla, otros amores...

—Nunca. ¿Te parece que habré luchado poco entre el amor de María y mi frenética pasion por Luisa? ¿Crees tú que se puede olvidar fácilmente sin destrozar nuestro corazon? ¡Qué feliz eres!

—Señorito, por Dios, sosiéguese Vd. un poco. Está usted tan alterado, que quisiera llamar al médico.

—No es necesario; mis sufrimientos no los comprende nadie sino yo. Retírate á descansar, es tarde.

—¿Y usted?

—Voy á leer, no tengo sueño.

—Es que yo tampoco tengo.

—Pues bien, quédate conmigo, me harás compañía.

Jorge apoyó el brazo en una mesa, y al reflejo de una vela casi extinguida, principió á leer en silencio. Juan recostado en una silla permaneció largo rato, hasta que lo avanzado de la noche lo rindió al sueño.

—Pobre Juan, dormido, y yo desvelado, sin sosiego. ¿Oh, con cuánta alegría trocaria mi existencia llena de oropeles, por la suya oscura é ignorada! ¡Qué poco conocen el corazon humano los que nos creen dichosos porque tenemos un poco de oro mas que ellos, ó porque doramos nuestra vida con ilusorios placeres! Si pusieran la mano en nuestro pecho, le encontrarian siempre ajitado, unas veces por el amor, otras por la ambicion, y las mas por el orgullo: sí, por el orgullo; esta pasion que debia ser el gérmen de todas las acciones sublimes, es por el contrario un caos de errores y de maldad. ¡Mísero de mí! débil siempre, sucumbo ante esa mujer que me desprecia, que acaso me aborrece, y entre tanto María, la virtuosa María ansiará mi regreso, llena de amor, haciendo alarde de su constancia, mientras que falso, perjuro y mal caballero, olvido mis mas sagradas promesas. Pero, ¿podia unirme á ella? ¡Yo, el heredero de un apellido ilustre, que tengo que conservar puro y trasmitirlo á mis descendientes como me lo legaron mis antepasados! No, este enlace era imposible. María, la hija del labriego no podia ser mi esposa... ¿Y porqué? ¿No me dice el corazon que es digna de elevarse á la mas alta clase por su bondad, por su amor? ¡Orgullo y preocupacion! Hé aquí lo que nos domina, lo que nos encadena y nos fuerza á contrariar nuestros verdaderos sentimientos. Pero ¿á qué buscar vanos pretextos que me disculpen á sus ojos?... ¿dejaré por eso de haber olvidado su amor, de haber mentido como un villano? Luisa, tú sola eres la causa: si no te hubiera vuelto á ver, las preocupaciones no hubieran entrado en mi corazon. No, lo juro: María seria mi esposa, y lejos de toda ambicion, seriamos felices. Pero tú con ese mirar mágico has triunfado, te has hecho dueña de mis menores acciones, todo te lo he sacrificado, honor, cariño, todo... ¿Y qué he recojido en cambio? Lágrimas, tormentos, desesperacion...

Jorge dejó caer la cabeza sobre el pecho con el mayor abatimiento. Entre tanto el buen criado iba despertando poco á poco, y dudó si estaba todavía durmiendo al encontrarse en la habitacion de su amo; pero luego que coordinó sus ideas recordó los sucesos de la noche anterior y el porqué se hallaba allí.

—Vamos, ya es hora de levantarse, decia Juan incorporándose un poco, aun cuando la cama no ha sido de lo mejor; ya se vé, me quedé para hacer compañía y me duermo en una silla; pues no hay miedo que el señorito se haya fastidiado con mi conversacion. Don Jorge, ¿necesita usted algo? Señorito... pero ¡qué veo! si parece un difunto: voy al instante á buscar el frasquito de los espíritus; en esta alacena debe estar. Sí, gracias á Dios que dí con él.

(*Se continuará.*)

© Biblioteca Nacional de España

CRITICA LITERARIA.

VENGANZA CATALANA, DRAMA EN CUATRO ACTOS, POR D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

ARTICULO I.

Este ilustre escritor acaba de dar á luz, como es sabido, el drama de que nos proponemos dar cuenta. El grande éxito que alcanzó en la corte ha llegado en alas de la fama hasta los mas apartados rincones de las provincias, y la prensa de Madrid ha sido el eco de los aplausos del público.

Principiaremos por decir que, en nuestra desautorizada opinion, tales aplausos, semejantes encomios, han sido muy bien merecidos. Esto era de esperar del indisputable talento de que ha dado ya antes otras pruebas nuestro especial amigo y distinguido compatriota. Nosotros, que no hemos visto en escena el drama, que no hemos podido por tanto juzgarlo en su terreno, acometemos la árdua empresa de juzgarlo por su lectura: á ello nos obliga nuestra mision en el periodismo, si bien ahora mas que nunca desconfiamos de nuestras fuerzas; porque las obras que están escritas para el teatro, solo en el teatro deben analizarse: allí está su verdadero punto de vista, bien asi como no puede ser completamente exacto el juicio que nos formemos de una decoracion escénica, mientras no la veamos puesta á su luz y á su distancia.

Con todos estos inconvenientes, vamos sin embargo á procurar darnos razon del último drama del Sr. Garcia-Gutierrez.

Reseñemos ante todo su argumento, puesto que sobre él mas especialmente deberemos basar nuestra opinion.

La escena se supone en 1304. Parte de ella tiene lugar en Andrinópolis y parte en Apros, ciudades ámbas pertenecientes al antiguo imperio griego, á la sazon salvado por el valor portentoso de un puñado de almogavares, que habian acudido á su defensa bajo las órdenes de Roger de Flor, soldado de fortuna, el que por su esfuerzo habia alcanzado el título de César y la mano de María, princesa de Bulgaria y prima del emperador Miguel.

Este, sin embargo, bien fuese que le pesara la gratitud á que estaba obligado respecto á sus libertadores los catalanes, bien temiese de ellos que pues le aseguraron el trono tendrian poder bastante, si quisieran, para despojarlo de él y darlo al rey de Aragon, llevaba con disgusto y con zozobra las quejas á que daba frecuente ocasion su doble conducta, y resuelto á vengar su autoridad, que creia desprestigiada y hasta casi desconocida por los soldados de Roger, se echa en brazos de los alanos, mandados por Gircon, y acuerda con este el asesinar al gefe de aquellas tropas, para que asi le fuera mas fácil descargar su ira sobre los temidos catalanes.

Era, no obstante, muy aventurado lanzarse á las claras á una empresa tal contra tales hombres, y solo el engaño, la astucia y la perfidia podian asegurar el golpe. Por eso, mientras en secreto tramaba la muerte de Roger y de los suyos, colmaba á este de honores, apartaba toda sospecha con fingidos halagos, y trataba de adormecer la suspicacia de los catalanes con promesas que jamás llegaban á cumplirse.

En este punto comienza la accion del drama.

Abrese este con una escena en la tienda de Gircon: son los interlocutores el mismo Gircon é Irene, su hija adoptiva, la cual viene á revelarle que su hijo Alejo, que habia abandonado seis años antes la casa paterna sin dar noticia alguna de su persona, habiendo tomado partido con los almogavares se hallaba prisionero en el campamento alano. Por la entrevista entre el padre y el hijo se viene á descubrir que el objeto de este último fué buscar al seductor de su hermana, ya muerta, habiendo sido vanas sus pesquisas, puesto que ignoraba el nombre del tal, viéndose obligado, para pasar á oriente, á tomar plaza por un tiempo dado en las filas de los catalanes, á cuyo gefe Roger debió la vida.

Otro era tambien su intento: amaba á María desde sus primeros años, sin saber quien ella fuese, y se juzgaba correspondido: ansiaba, por tanto, volverla á ver para renovarle sus juramentos de otros dias. Un acaso habia hecho la librase de las manos de algunos merodeadores, aunque sin conocerla por estar cubierta con un velo; niégase Alejo á recibir el oro que la princesa le ofrece, pero exige en cambio su pañuelo para restañar la sangre que brota de una herida que ha recibido en la pelea; prenda de la cual Irene se propone mas tarde sacar partido para su venganza, puesto que ama en secreto á Roger.

Despues de este incidente es cuando puede decirse que principia la verdadera accion del drama. Miguel, perseverando en su conducta doble y falaz, al tiempo que con afectuosas palabras entretiene á Roger y á los suyos, dispone que los catalanes ocupen el campamento de los alanos fuera de la ciudad, mientras éstos han entrado ya en ella para guarnecerla; desaire de que se quejan los almogavares, y que el emperador procura acallar en parte permitiendo que sus gefes, pero solo ellos, se alojen en Andrinópolis, so pretexto de evitar conflictos entre los soldados de ámbas naciones; término medio que no puede satisfacer á los agraviados.

Alejo, que ha sabido por la misma María cuál es su ilustre cuna y cuál es el esposo á quien está unida y á quien ama, comprende que debe aceptar el cariño de hermano que ella le ofrece, y fiel á su gefe, le acompaña á la ciudad como page de lanza, puesto que ha merecido por saber ya Roger que él fué quien libró á su esposa. Semejante circunstancia le hace presenciar la revelacion que aquel hace á esta de los motivos que enconan el ya profundo odio que le profesa Gircon.

Roger en efecto habia sido el seductor de la hija del gefe de los alanos, pero movido por los remordimientos de la jóven, y escuchando además la voz de su propio corazon, legitimó su amor ante un anacoreta que bendijo su union; pero este anacoreta súpose despues que era un impostor. Roger se hallaba ausente, la hija se arrojó á los piés de su padre; pero el furor de éste no tuvo límites, y arrojada de su tribu con afrenta, la infeliz jóven buscó y halló la muerte entre las aguas del Bósforo. El amante y el padre se encontraron ante el cadáver de Margarita, y esta escena de horror los hizo enemigos irreconciliables.

Alejo, convencido por este relato de que Roger habia creido reparar su falta, le revela quién es, y le abraza como hermano. Su odio se habia extinguido, y cuando Gircon viene á exigirle cumpla su juramento, dando la muerte al seductor de su hermana y señalándolo á su venganza, Alejo se niega: Dios le veda el teñir su espada en la sangre de su hermano.

Pero no por eso Miguel y Gircon renuncian á su propósito. Aquel, no creyéndose aun con bastantes fuerzas, envia un secreto aviso á los turcomanos, cuyo aviso es interceptado por Alejo, advertido del caso por Irene.

En esta confianza, y quizá con sobra de imprevision, Roger marcha al festin, y en él es asesinado por Gircon y los suyos. Resta pues tan solo el vengarle, y esto es lo que disponen su viuda María, Berenguer de Roudor y los catalanes.

Estos se han dirigido hácia Apros, donde se hallan Miguel y la princesa, y cuya ciudad guardan los alanos con su gefe. Berenguer, acompañado de Perich de Naclara, logran introducirse furtivamente en la plaza con el fin de reconocer sus muros y la fuerza de sus enemigos. Ambos, sin embargo, son descubiertos. María, por medio de Alejo, hace escapar á Perich; pero Berenguer hubiera sido irremisiblemente sacrificado, si la entereza que muestra y las recriminaciones de la princesa no obligasen á Gircon, insultado allí como cobarde, á pedir á Miguel la vida de aquel hombre para responder á su reto en el campo. Hácese así; los sitiadores aceptan la batalla, vencen á sus contrarios, y Gircon muere á manos de Berenguer. Miguel huye, y los almogavares asaltan el muro, trayendo á su frente los estandartes de Aragon y Sicilia, y en medio de estos otro con la imágen de San Pedro.

La venganza catalana se habia cumplido.

Hasta aquí el argumento. En otro artículo emitiremos algunas reflexiones críticas acerca del drama en cuestion.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

De un periódico de la Isla de Cuba copiamos el siguiente suelto, porque en él se hace la debida justicia al celo y excelentes prendas del Sr. D. Juan Perez Dubrull, activo corresponsal nuestro en Santiago de Cuba.

El artículo en cuestion es como sigue:

«SELIN.—En efecto, *Sr. Moro*, ese hecho le desautorizó para siempre, ó por lo menos, hasta que haga ver el diccionario de donde supuso copiar lo que no se encuentra en ningun diccionario; pero volviendo al parrafito de *El Redactor*, ¿no tiene V. corresponsal en Cuba, para que se lo remita por duplicado?

EL MORO MUZA.—Si, amigo mio, tengo dos corresponsales, uno literario, á quien no conozco, y á quien quisiera conocer, que es el que me remitió el parrafito, y otro el encargado de la suscricion que es el Sr. Dubrull, uno de los mejores corresponsales de esta Isla. Ved en prueba de esta verdad un elogio que de dicho Sr. hace un periódico de Europa: «El comercio de libros, dice, va tomando un gran desarrollo en nuestras posesiones de América. La libreria que D. Juan Perez Dubrull estableció há mas de cinco años en Santigo de Cuba, se ve cada dia mas favorecida por el público, y en ella se encuentra un gran surtido de los mejores libros nacionales y extranjeros, merced á lo mucho que su propietario ha ensanchado el círculo de sus relaciones comerciales con las principales casas de España, Francia, Inglaterra, Alemania, Estados-Unidos y la Habana, teniendo además constantemente en Madrid uno de sus representantes. De seguir el Sr. Perez Dubrull trabajando con el celo y la misma laudable actividad y honradez que hasta aquí, indudablemente conseguirá ser uno de los primeros libreros de nuestras ricas Antillas, que tambien le agradecerán sus incesantes esfuerzos por facilitarles con rapidez y economia los mejores libros que hoy se publican.» Hé aqui, amigos, lo que un periódico dice de nuestro digno corresponsal y con lo cual estoy completamente conforme.»

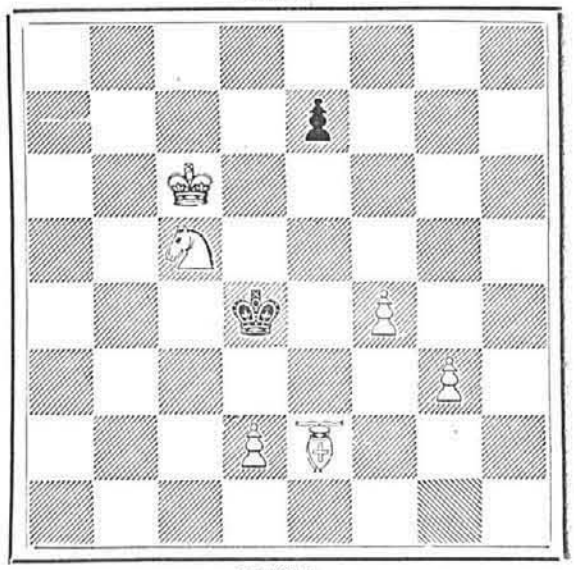
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 19.

BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª Cab. 4.ª A R	Rey juega.
2.ª Alfil 2.ª Rey.	
3.ª Alfil 4.ª A Reina.	
4.ª Alfil 6.ª Rey jaque.	
5.ª Cab. 6.ª Cab. Rey mate.	

PROBLEMA NÚM.º 20, POR D. L.

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 5 jugadas.

CHARADA.

En la cuarta con primera
primera y segunda hallas;
una especie de resina
es mi segunda con cuarta;
cualidad buena en las hembras
tercia y prima te señalan;
cuarta, prima y cuarta juntas
te ofrecen una palabra
que es pieza de ropa, solo
por los varones usada;
tercera y cuarta es defecto
si de mujeres se trata;
cuarta con segunda, á veces
busca el marino con ansia;
y primera y cuarta es cosa
en que se encierran y guardan
mil objetos de comercio
que luego al mercado pasan.
Mi todo pronto la aciertas;
es una ciudad de España.

ADVERTENCIA.

Los Señores suscritores cuyo abono proceda de fecha posterior á la en que empezamos á publicar la interesante novela EL CORSARIO NEGRO, y quieran recibir las entregas anteriores, pueden obtenerlas remitiendo á nuestra Administracion su importe á razon de un real de vellon por cada una.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CÁDIZ 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA D. L. REVISTA MEDICA; Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España